

MARZAL, Manuel M. y Sandra NEGRO. Coordinadores. *Un reino en la frontera. Las misiones jesuitas en la América Colonial*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú y Ediciones Abya Yala, 1999, 504 pp.

Este volumen recoge investigaciones de un conjunto de autores que participaron en el Simposio *Las misiones jesuitas en la América colonial*, que los coordinadores organizaron en el marco del 49° Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Quito (Ecuador) entre el 7 y el 11 de junio de 1997. Diecinueve de las veintitrés ponencias presentadas forman parte del texto. La idea central es recoger investigaciones en torno a los primeros establecimientos jesuitas, su compleja y variada evolución, y los múltiples aportes y conflictos que originó esa presencia entre los siglos XVI y XVIII. Para ello se los ha organizado en cinco secciones: Organización y Funcionamiento de las Misiones, Reducciones indígenas y evangelización, Territorio, Mundo intelectual y Lingüística Andina, y Balance de la Misionología Jesuítica.

Dado que los jesuitas llegaron a establecerse en Brasil hacia 1549, en el Perú en 1568 y en México en 1572, resulta obvio que sus zonas de misión serían periféricas (de fronteras). Pero también debido a la "naturaleza intrínseca" de la Compañía, que la disponía a estar lejos del aparato político colonial, en pos de una independencia del poder temporal que siempre buscó tener. Aunque ello significase estar presentes en regiones muy conflictivas en términos sociales y culturales.

Los textos aludidos trabajan esta idea, agrupados en esos cinco apartados ya dichos, indagando sobre las crónicas misioneras, bibliotecas, modalidades de establecimientos de misiones, métodos de evangelización y características centrales de estas misiones en perspectiva cultural, económica y social. Así se va tejiendo el título del libro, *Un reino en la frontera*, que es alusivo al proyecto jesuita de misiones, espiritual y temporal. Un reino que responde a la cristalización de un proyecto evangelizador específico, por lo cual se plasmó, en términos de ho-

monimia, una *utopía posible*, que es el concepto acuñado por Manuel Marzal.

Pero más allá de esta apreciación muy formal del texto, hay cuestiones de fondo que es bueno abordar, a las que las ponencias publicadas no aluden, excepto la hecha por Manuel Marzal, al final del texto; a saber, la argumentación teórica que sustenta todo el libro. Es desde allí que debemos mirar este texto y no detenernos en análisis de las ponencias, casuísticamente bien hechas y con noticias y argumentaciones centrales ya esgrimidas o meridianamente esgrimidas en otros espacios académicos (lo interesante de la metodología evangelizadora, la organización interna de las unidades misioneras, la importancia de las misiones en zonas de fronteras, las luchas con el poder civil).

Lo primero a aludir es que en el Perú todavía no existen trabajos rigurosos que midan las políticas de las congregaciones en el ámbito global, dentro de una política misionera universal de la Iglesia, políticas generales que implican que las misiones en las zonas brasileñas o españolas de los jesuitas tenían un peso definido en las políticas generales de la Orden. A veces nos sorprendemos de tal o cual acción específica ocurrida en determinada misión, sin entender que se inscribía en una acción de más vastas consecuencias. Es necesario entender esa dimensión para comprender cómo los jesuitas armonizaron sus misiones dentro de sus otros intereses dentro y fuera de la Iglesia en América.

Lo anterior es una afirmación que nos lleva a dilucidar que en el Perú no podemos imaginar las misiones jesuitas "de fronteras" sin darnos cuenta que era solo una dimensión de las actividades jesuitas: misionar entre indios, tanto como enseñar a los jóvenes de ilustre casta en las criollas ciudades de Cuzco, Arequipa, Quito o Lima; o manejar sus ricas haciendas en los valles de la costa peruana; o asesorar en cuestiones teológicas y filosóficas al Virrey o a la Inquisición limeña. Si no tenemos en cuenta estos elementos sobrevaloramos la pastoral indígena sobre la razón pastoral práctica en la Compañía, y la convertimos en algo modélico, paradigmático, que algunos (no ciertamente nuestros amigos que escriben el texto) la terminen consideran-

do esencial del trabajo de la Compañía, ejemplo de compromiso y opción preferencial.

Ello nos lleva a entender que las misiones (y lo exponen perfectamente las ponencias de Rafael Chambouleyron, M.C. Bohn Martins o Jorge Casanova) fueron espacios de pastoral donde la Compañía cumplió cabalmente con las enseñanzas cristianas, y las directrices papales y del poder temporal, convirtiendo a indígenas y, con ello, ganando en primer lugar vasallos y espacios territoriales para la corona a la cual servían, así como almas a Dios e influencias innegables sobre la marcha de la política colonial, sea brasileña o española. Que lo hiciera bajo la teología de los hechos consumados de Acosta (frente a las tesis revisionistas de la situación colonial en América de Las Casas), antes de sorprendernos debe parecernos perfectamente coherente con la práctica eclesial post tridentina, con la política de la Compañía de asumir una situación dada sobre la cual debían trabajar en América y con el proyecto evangelizador que trajeron e implementaron en América. Este proyecto evangelizador tenía múltiples características: evangelización y catequesis de elites y de las poblaciones urbanas —sean españolas, mestizas, criollas o indígenas—, misionar entre indios (a pesar de que, entre 1568 y 1572, Borja y Aquaviva se habían negado parcialmente a eso en el Perú). Todo ello bajo el soporte económico de sus propiedades y la labor de formación de sacerdotes y religiosos del país. Esta enorme estrategia se inscribía en lo que más tarde jansenistas y regalistas denominarían toscamente “crear un estado dentro del estado”. Esa era la dimensión real del Reino en este mundo, perfectamente eclesial y perfectamente temporal.

En ese sentido, la misión en las fronteras era conservadora en su fundamento (ganar adeptos y territorios para la corona, cristianizar, espiritual y moralmente, es decir *civilizar*) y por tanto no nos extrañe su política reduccionista, de emulación urbana en su organización interna, su interés por el pasado prehispánico, por los estudios etnomusicales, etnolingüísticos, etnopatrimoniales. Por lo cual, y por aquí se presenta mi crítica a la ponencia del padre Marzal y al grupo de trabajos que edita con Sandra Negro, no es que fuera una “evangelización libera-

dora", sino más bien una evangelización civilizadora, en el sentido de occidentalizar las prácticas de los pueblos indígenas y llevarlos al encuentro "integrándolos" al mundo occidental. Es cuestionable en ese sentido (y hay bastante literatura pastoral y política al respecto) el carácter "inculturado" de la metodología evangelizadora. Luego de casi dos décadas de debate al respecto, bien sabemos que no hay una evangelización "inculturada"; simplemente hay una evangelización apriorísticamente cristianizadora.

Lo cual nos lleva a entender que la raíz profunda de este debate —que el libro lamentablemente no toca en ninguna de sus ponencias— es la comprensión de cómo un modelo evangelizador dado lleva implícito esquemas mentales y base ideológica que se propone no solamente cambiar la religión a alguien, sino también trastocar su cultura. La evangelización (hasta el día de hoy, con la evangelización católica o protestante en África o la de los pentecostales en nuestro medio, solo para citar ejemplos obvios) es solo un espacio de muchos, más allá de la esfera de lo religioso, donde se trastoca lo cultural. Habría que voltearle el sentido a la argumentación entonces, antes que seguir insistiendo sobre las características detalladas de las misiones jesuitas, logrando un análisis más vasto en perspectiva antropológica —en el sentido heurístico del término—. Ciertamente, ello exigirá ubicarse ideológicamente en una posición *extra eclesial*, intemporal y secularizada.

Fernando Armas Asín
Universidad de Navarra